



llorenç villalonga
LA MUERTE
DE UNA DAMA

veintisietelettras



LLORENÇ VILLALONGA

MUERTE DE UNA DAMA

Título original: MORT DE DAMA

1.ª edición: octubre, 1981

La presente edición es propiedad de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

© Herederos de Llorenç Villalonga - 1980

Diseño de cubierta: Souléry-Spagnuolo

Printed in Spain

ISBN 84-02-08295-5 / Depósito legal: B. 28.369 - 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Carretera

Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallés (Barcelona) - 1981

Introducción

El barrio es venerable, noble y silencioso, con calles estrechas y casas amplias, que parecen deshabitadas. Entre los aleros de los caserones, el cielo hace vibrar su azul luminoso como una lanzada. La hierba crece en las juntas de las piedras, anchas como losas. Rompen el silencio, de tarde en tarde, rumores de campanas.

Nadie transita por el barrio. «Los verdaderos habitantes de estas calles son los gatos», ha dicho Santiago Rusiñol. Mallorca es un país privilegiado para los seres gatunos. El gato exige silencio, orden y limpieza, como un filósofo escolástico: los ruidos del mundo no le dejarían meditar. Los gatos y los canónigos guardan analogías. Así han escogido el mismo barrio. La aristocracia, la burguesía, también desean reposar. El escenario es apropiado. No describiré una vez más lo que es una antigua casa mallorquina; poco más o menos, lo mismo que una leonesa o catalana. Hermosos cuadros en los que, de pronto, no se ve lo que hay pintado; sillones fraileros y camas barrocas, con cortinajes de damasco. Estas camas tienen muchos colchones. Se duerme en ellas muy bien.

Al otro extremo de la ciudad, en las afueras, por El Terreno, por Génova, se agita un mundo colonial, compuesto de pintores, turistas y señoras que fuman. Son gentes extrañas, que se bañan en invierno y viven de espaldas a la religión. Fabrican **cocktails** endiablados. Dan bailes y tes. El barrio antiguo finge ignorarlos. Sin valor ni deseos para declararles la batalla, opta por declararlos inexistentes.

«¿Creéis, monseñor, que el mes próximo estaremos en Francia, restablecidos de nuestros privilegios?», preguntaba, allá por el 1792, un viejo prelado a un compañero de emigración. Y replicaba el otro, tomando un polvo de rapé: «Monseñor, no se me ocurre ningún inconveniente.» Alguna señorita indígena, en los tes casi litúrgicos del Casino, pide ya **cocktails** de ginebra y vermut. Dos de ellas, en Carnaval, osaron encender un cigarrillo. El aire está cargado de presagios... Pero el barrio antiguo no se entera. En las playas estaba prohibido que los hombres pasaran a la parte reservada a las señoras. Las americanas escamotean esta ley pasando ellas a la parte de los hombres. Tal vez alguna mallorquina exaltada las imite. El barrio antiguo no se entera.

Los señores, los canónigos y los gatos viven en una perpetua siesta. Las campanas de la catedral, lentas, clamorosas, regulan sus existencias. Al atardecer, las señoras van a la novena y rezan por los antepasados. Todos descienden de la Conquista de Mallorca. El peso de los siglos fatiga las espaldas e inhabilita

para la acción. Lo más estático llega a ser lo más moral, no penado por la Dirección General de Sanidad, de la pereza.

Junto al mar, al pie de las montañas de pinos olorosos, se alzan los grandes hoteles: Hotel Oriana, hotel Mare Nostrum, hotel Pollentia... En Formentor —y ello es simbólico— un rayo acaba de destruir el romántico pino que inmortalizó un poeta glorioso. Allí mismo donde el titán desafiaba los elementos, las extranjeras banales ríen con risas argentinas y ligeras, en traje de baño. La augusta majestad de los parajes se ve turbada por la dinámica de los deportes, los indecorosos bailes modernos y las voces en lenguas extrañas. A veces, los periódicos pecaminosos, como **El Clamor**, traen reseñas de tales fiestas, citando algún nombre ilustre o escandaloso en los salones internacionales: madame Tassin, príncipe Antonio Bibesco, príncipe Kalidassa. El barrio antiguo, confinado en sí mismo, ni se entera ni cree en la existencia de títulos exóticos.

A la sombra de la catedral gótica, empezada en el siglo ^{xiii} por Jaime I, en una casa «señorial y modesta», de zaguán descubierta, con un jardín al fondo, vive un escritor «de ideas avanzadas» cuyo solo nombre entristece el espíritu. Las señoras viejas bajan los ojos al pasar por delante de esta casa de apariencia austera, que hubiera podido habitar algún digno sacerdote. Muchas se santiguan. Aquel nombre tristemente famoso es una disonancia en el barrio. Siendo, como es, tan perverso, personalmente no hace daño a nadie ni insulta a los clérigos. Los vecinos han acabado por reconocerle el talento, siempre que no lo muestre en Mallorca. Más fácil que odiar es transigir. Y ellos quieren, sobre todo, dormir la siesta.

Obdulia Monteada acaba de fallecer. La baronesa de Bearn está arruinada. Las hijas de doña María Gradolí, esqueléticas, agrias y sin dote, no lograrán casarse. Albión y Norteamérica van introduciendo sus perversas costumbres. Ya cuesta esfuerzos, en las playas encantadas de Pollensa o Santa Ponsa, cerrar los ojos a la depravación que suponen unas blondas desnudeces femeninas... «Los hijos de Dios —se lee en la Biblia— vieron que las hijas de los hombres eran bellas y las amaron.» Norteamérica y Albión no quieren conquistar Mallorca violentamente: Satanás se vale hoy de medios capciosos. Venus es el gran disolvente de las costumbres. Algunos muchachos de buena familia, morenos e ingenuos como niños grandes, aprenden el inglés y bailan y nadan con las rubias exóticas. Nada podemos intentar contra esto: fatalmente se cumplirá el destino. Pero, antes de que todo se arruine...

1. UN RETRATO CON CUATRO DATOS GENEALÓGICOS

Aquel día, Obdulia Monteada, viuda de Bearn, comprendió que se moría. Conservaba a los ochenta y cuatro años la misma inteligencia, clara y escasísima, que a los veinticinco. Las verdades fundamentales que llegó a captar doña Obdulia fueron sencillas: sabía que las casas de zaguanes estrechos eran casas plebeyas, que la nobleza de Palma es la primera del mundo y que la familia Monteada es la primera entre todas las familias de Mallorca. (Ella, que era casi analfabeta, había leído los cuatro tomos de la vida del beato Juan de Monteada, que ocupó la sede episcopal de Valencia en tiempo de Felipe III y contribuyó a que el Rey Santo expulsara de España a los moros.) Comprendía igualmente doña Obdulia que el mundo se divide en dos grupos muy grandes: el de las personas sensatas, que piensan como ella, y el de los perturbados, que opinan de otro modo. Tenía una buena memoria: recordaba que en 1869 su marido recibió un autógrafo de don Carlos y que en 1912 sus joyas, especialmente una llamada **Cometa**, fueron elogiadas por un Borbón.

Le gustaban las fiestas y la animación y lamentaba que en Palma las personas decentes ya no se divirtieran. El campo la aburría no ser como fondo para comidas y tes, con mucha gente. En otro tiempo tenía siempre invitados en su finca de **Ses Colomes**, pero, hacía años, la avaricia se había apoderado de doña Obdulia. En la actualidad no comía nunca en su casa. Le parecía natural que los parientes

la mantuvieran, y sólo de tarde en tarde, para justificar su conducta, se entregaba a las efusiones familiares, declarando que la soledad la entristecía. Era aficionada a las frases vagas. «Vosotros queréis a Obdulia —solía decir— y Obdulia, que es agradecida, se acuerda de las atenciones que recibe.» Estas palabras siempre hacían buen efecto en boca de la viuda octogenaria. Pero esto no ocurría todos los días. Generalmente, la señora utilizaba un lenguaje goyesco y se enfurecía contra los parientes a la menor contrariedad. Su instinto mundano, afinado por tantos años de vida social (y hemos de resaltar la fuerza de los instintos en este temperamento todo médula), la inducía a no prodigar las amabilidades, sabiendo por experiencia que sería tanto más agasajada cuanto más impertinente se mostrase.

Físicamente, después de haber sido una señora isabelina, de seno prominente y toaletas vistosas, era en la senectud una caricatura de muñeca frágil. Los años, que no perdonan, se tragaron sus encantos adiposos. Las manos y los pies eran señoriles. El espíritu siguió conservándolo isabelino.

Aquella dama representaba el alma de una sociedad que desaparece. Hoy las viejas familias de Mallorca están completamente apagadas, pero las cosas no siempre han sucedido del mismo modo. Nuestras abuelas han conocido una época que, sin ser más intelectual que la nuestra, era más vital: época **extraña**, llena de tenebrosos prejuicios y de intransigencias, pero, al mismo tiempo, de espíritus que, **aun** proclamándolos, saltaban por encima de ellos. Don Francisco Villalonga, de la casa Escalades, sabe mucho de eso. El ha bailado con doña Obdulia y podría describir su simbólica muerte mejor que nosotros. La señora tiene instintos originales y chabacanos; es apasionada y voluble. A fuerza de no pensar, sus actos parecen, a veces, inspirados por una voz interior... Y así, su inconsciencia llega a ser bíblica. En ocasiones profetiza. El diablo, que es tan pintoresco, la dotó de todos los secretos de la expresión, que es siempre valiente y no pocas veces inoportuna, de una desenvoltura plebeya.

Los aficionados a estudios de sangre, que pretenden a última hora hacer de la herencia una ley científica, se habrían explicado la psicología de la señora acudiendo a su árbol genealógico. Estas cuestiones son oscuras y resulta expuesto aventurar nada. Doña Obdulia era producto de una alianza desigual. Su abuelo, el señor de la casa de Monteada, se había casado a los sesenta años con una muchacha de familia modesta que murió al dar a luz. Por su madre, tenía doña Obdulia un pariente menestral y una sobrina que rodaba por los **music-halls**, en Barcelona o en Valencia. Por el lado paterno, contaba con ascendientes piratas —los fundadores—, mercaderes, barones y santos. Todos ellos solían vivir disipadamente en su juventud y se volvían avaros y virtuosos en la vejez: es el proceso de las personas equilibradas.

Y baste con estos antecedentes. Queda sólo por decir, porque lo habíamos olvidado, que doña Obdulia no es cleptómana, por más que su padre y sus abuelos acostumbraran a llevarse las revistas ilustradas del Círculo Mallorquín.

2. LOS PRIMEROS MOMENTOS

Salón y alcoba nupcial de doña Obdulia, lecho con grandes colgaduras; una verdadera catarata de púrpura. Paredes tapizadas asimismo de rojo... La alcoba, diminuta y suntuosa, es un relicario. No esperéis ver a la señora que reposa tras de sus cortinajes. Y, sin embargo, este silencio y esta serenidad son altamente dramáticos. Considerad la escena: la casa es grande, un poco venida a menos. Zaguán, patio de honor y salones aparatosos. También la señora fue poderosa, arrogante. La señora que reposa —pequeña, frágil y arrugada— detrás de una deslumbradora catarata de púrpura.

Doña Obdulia yace por el momento inmóvil en la soledad del camarín rojo prelado. Las parcas han llamado a la puerta. Al divulgarse la noticia se conmoverá la ciudad. Ahora el abandono es impresionante. Zaguán con columnatas, patio de honor, salones de cinco metros de altura, un cochero decrepito, dos viejas sirvientas... Y detrás de sus púrpuras, una frágil muñeca octogenaria, antaño opulenta. Tan sólo Remedios Huguet, dulce y ubicua, se halla junto a la puerta del camarín. En voz baja murmura augurios al oído de la camarera:

—Se muere. Está fría, fría. Te digo que se muere.

La doméstica intenta llamar al médico y al confesor, pero Remedios frena sus impulsos. Sí, todo eso tendrá que hacerse. Todo eso y muchas cosas más. Con tal que la muerte sepa aguardar un poco...

—Hará falta arreglar tantas cosas... En la sala redonda no hay cortinajes ni alfombras. ¿Cómo se van a recibir las visitas de pésame en un salón tan destartado? Lo primero, Antonia, es lo primero. Claro que hay que llamar al viático, pero ¿dónde está el aderezo de comulgar? ¿Cómo? ¿Que doña Obdulia no tiene servicio de viático? Entonces habrá que buscar unos candelabros y una bandeja adecuada. ¿Tampoco hay lavamanos de plata? ¿Está segura? Mira, ahora que me acuerdo: es necesario contar los cubiertos. Habrá que cerrar todos los armarios, Antonia, hija mía... Cerrarlo todo. Señor, qué trastorno representa morirse...

Salió Antonia, y Remedios, menuda y esbelta, quedó un momento en mitad del salón. De pronto se le iluminó el semblante, sonrió y cuando tuvo el rostro compuesto avanzó hacia el lecho y dijo en voz alta, musical y optimista:

—Doña Obdulia, ¿ahora no tomaría una yema con dos dedos de leche?

A través de los cortinajes se dejó oír un sonido inarticulado. Remedios se restituyó al centro del salón.

—Oh, Dios mío —suspiró desconsoladamente, tocando el mármol de una consola—. Polvo... Qué descuidadas son... Ay, nosotras también nos volveremos polvo...

Había, claro está, que avisar a la baronesa de Bearn. Era la única sobrina. Remedios, sin embargo, vacilaba. La baronesa era al fin una sobrina política, fría, desdeñosa y lejana. «Doña Obdulia no la ha querido nunca —pensó—. Si no fuera una Bearn, no consentiría en tratarla.» Pocos días antes Remedios, después de una vida cuyo único objetivo era heredarla, había logrado que doña Obdulia testara a favor suyo. Convenía mantener el hecho en secreto, convenía no remover nada. La enferma, desorientada, podía realizar un disparate, hacer otro testamento, excitarse. «Pobre señora, a sus años...»

Mientras la señorita Huguet se entregaba a tan prudentes meditaciones, las sirvientas habían conmocionado a los vecinos y la noticia se había extendido por toda la ciudad. La baronesa fue la primera en presentarse.

—¿Qué le ocurre a tía Obdulia?

Ella y Remedios se miraron. Eran rivales, pero se obsiguieron con una sonrisa. Remedios la besó. Tenía los ojos húmedos. La baronesa, todavía juvenil en los alrededores de la cincuentena, llevó su amabilidad hasta enlazar por el talle a la señorita Huguet, y juntas se asomaron al lecho monumental de la enferma.

—¿Qué le ocurre, tía?

La moribunda hizo un gesto particular: levantó suavemente la mano derecha y frotó por dos veces el pulgar contra los dedos medio e índice. Traducido a lenguaje, aquello significaba: «Me largo.»

—¿Has enviado a buscar al confesor?

—Todavía no. No quería disponer nada sin verla. Lo primero he ordenado cerrar los armarios y contar la plata. Será necesario cerrar los armarios y contar la plata. Será necesario alfombrar y...

—Muy bien, Remedios, pero el sacerdote es lo primero. No quiero que tía Obdulia se muera sin los sacramentos. Que llamen también al médico.

Llegó la señora Curt, estrepitosa y ordinaria, exclamando que acababa de enterarse y que no podía creer aquella nueva; llegó Xim, un muchacho que fumaba abduilas, sobriño de la baronesa; llegaron doña María Gradolí y sus dos hijas, feas y murmuradoras. Finalmente, hizo su entrada silenciosa el director de **El Adalid**, un poco sordo, mustio como una flor de sacristía.

—Pero doña María Antonia, ¿cómo ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido? —vociferaba la de Curt.

—Parece que tía Obdulia se muere. Hemos avisado al confesor.

A doña Ramona Curt le parecía insólita aquella frialdad de la baronesa. Incluso formuló un razonamiento: «Si lo finge, es una falsedad, y si es sincera, demuestra no tener co razón. Siempre ha sido orgullosa —dictaminó—. Se cree más señora que nadie y está llena de deudas... A ver qué ocurrirá ahora, porque si la herencia no viene a sacarla de apuros... Yo, en su lugar, desconfiaría de Remedios. Estas gentes son tontas...»

Se refería a los aristócratas. Ella no lo era, pero tenía mucho dinero. Entró Remedios y dijo:

—Si le parece, prepararé la mesa para la ceremonia. El cochero me ayudará. Es un momento... —Y volvió a salir.

—Remedios es muy dispuesta —dijo la señora Curt—. No conoce la pereza.

Doña María Antonia se acercó a la cama y se asomó entre las cortinas, pero no pudo obtener ni una palabra de la enferma.

—¿No la conoce? —preguntó doña Ramona.

—Sí —repuso la baronesa—, pero quiere descansar.

—No es cierto que la haya conocido —murmuró con mucho misterio la de Curt al oído de doña María Gradolí.

La señorita Huguet reapareció seguida del doméstico, que arrastraba una mesa vieja y zarrapastrosa.

—Aquí, Juan. La cubriremos con un damasco. Encima pondremos un mantel de encaje. Perdona, doña María Antonia: ¿la enferma tiene aderezo de comunión? Porque, si no lo tiene, será necesario pedir uno prestado, ¿no le parece?

—Envía a mi casa. Haz lo que quieras.

Doña Ramona no supo ni quiso contenerse:

—Remedios —insistió— no conoce la pereza. La admiro. Yo que tengo los pies tan delicados... Crea que sólo mirar cómo entra y sale me marea.

La baronesa no hizo el menor comentario. Doña Ramona remachó con un «...demuestra mucho cariño hacia la enferma... si se ha mudado aquí», que tampoco obtuvo resultado.

Las dos sirvientas ancianas entraron el damasco y los manteles.

—Tía María Antonia —dijo, mirándolas, el muchacho que fumaba abduilas—, ¿qué fue de aquella doncella joven...?

—Ya no la tiene —repuso la baronesa—. La despachó el mes pasado.

El muchacho que fumaba abduilas acababa de regresar de Barcelona. Enmudeció y contempló un instante un sofá

de terciopelo que se hallaba en un rincón, al otro extremo de la estancia.

Tenía una vaga poesía en los ojos. Remedios, compungida, había tomado por su cuenta al director de **El Adalid**, de quien se susurraba que allá en sus buenos tiempos amara en silencio a doña Obdulia Monteada.

—Hasta el último momento —decía Remedios— se ha conservado hermosa. A los cincuenta era todavía una niña, una verdadera niña. La recuerdo cuando quedó viuda. El difunto no se la merecía. Los Bearns tienen fama de guapos, pero don Ramón era feo y más viejo que ella. Doña Obdulia ha sido muy virtuosa (una mujer tan codiciada) y ha sabido conservar su nombre. Yo la quería como a una madre. Y verla morir...

Tenía el llanto fácil y se enjugaba los ojos.

—Esa Remedios —decía doña Ramona, prosiguiendo su discurso al oído de la señora Gradolí— es una comedianta. ¿Quién será la heredera? Porque doña Obdulia tiene que ser muy rica. Mira lo que rentan sólo **Ses Colomes**. Sin contar lo de Campanet, que vale otro tanto...

—Y las acciones de «La Isleña Marítima» —repuso doña María.

—Y las joyas, y los vestidos —suspiraron las hijas—. Tenía una colección de vestidos de seda... ¿Y plumas? Aquellas lloronas...

—Tenía de todo. Sus diamantes...

—Por eso digo —interrumpió la de Curt—. A ver si Remedios la engatusa y los parientes se quedan a la luna de Valencia.

—Por nada del mundo haría yo un papel así.

—Pues a mí —terció el muchacho que fumaba abduallas—, si me dejara **Ses Colomes**, le aseguro que no lo aceptaría. Lo mismo que si quisiera añadir las acciones de «La Isleña».

—¿Qué harías con tanto dinero, loco? —dijo una de las señoritas Gradolí.

El sonrió:

—Mira, lo que yo haría es mejor que no lo explique.

Doña Ramona Curt proseguía en sus indiscreciones:

—Y, a «la de Barcelona», ¿le participarán la gravedad...?

—Ignoro qué piensa María Antonia —dijo la de Gradolí

—. Yo no se lo participaría.

—¿A quién, mamá?

—A nadie. Hablamos de cosas que no os interesan.

Ellas estaban, contra la afirmación materna, enormemente interesadas.

—Id al balcón a ver pasar a la gente.

—Pero si no pasa nadie...

—Vigilaréis si llega el confesor.

Las niñas provecas fueron a sentarse junto al balcón, desde donde no se veía sino la tapia de un convento y dos palmeras. Junto al sofá, las señoras constituyeron un aparte con el muchacho que fumaba abdullas.

—¿Será cierto lo que cuentan? —preguntó doña Ramona.

—Sí, por desgracia. Rueda por los cafés cantantes. De lo más tirado. Xim la habrá visto por allá.

El muchacho que fumaba abdullas sonrió.

—¿A la Violeta? No hay ningún mallorquín que no la conozca. Trabaja en el «Edén Concert».

—¿Y es verdad que es sobrina carnal?

—Sobrina segunda. Su madre era prima hermana de Obdulia.

La señora Curt se hizo la entendida en linajes:

—Sí, ya sé que la madre de doña Obdulia no era de tan buena familia como los Monteadas.

—Dios mío, no —dijo doña María Gradolí—. Buena gente, desde luego, pero eran casi menestrales. Cuidado con María Antonia —advirtió—, pues a ella no le gusta oír hablar de esto.

El muchacho que fumaba abdullas, desentendiéndose de genealogías, parecía que siguiese un insobornable ritmo interior.

—Antes se llamaba Violeta de Parma —dijo—, pero ahora se conforma con Palma. Se las da de aristócrata por